

El Humanismo y su Cadáver

José Manuel Soto Villalba

Acostumbrados a la exposición de grandes problemas, con la falsificación evidente que supone toda inserción en los ciclos autógenos que el mundo segrega en su andadura, se va intensificando a la vez un olvido crónico sobre las más próximas e inmediatas cuestiones que algún supuesto día, constituyeron el terreno abonado de las esperanzas ilustradas y sus deseos sapientes.

Hablar de educación se hace doblemente dificultoso teniendo en cuenta que la actual disposición de las fuerzas en puja, bogan por un escenario espectacular. El otro motivo está si cabe, mayormente arraigado a la tradición “cara a cara con el mundo”, desde que las primeras escrituras anunciaron que el hombre era un animal destinado a conocer e interpretar. ¡Precisamente por eso comenzó su herrancia en la Tierra! Que el mundo es conocido y recibido dentro de una gigantesca formación y desfile de espíritus para la iniciación del imberbe histórico, es algo tan relevante a nuestra cultura que no es preciso resaltar que “el libro”, forma parte ya de hecho, de las técnicas de acercamiento, recibimiento y también... falseamiento. Si bien, las primeras manifestaciones sobre el conocimiento versaban sobre una proporcionalidad entre materias y cuestiones, armonía todavía falsificada por el humanismo de castas, de nuevo volvemos a retomar el asunto del conocimiento y su verdadero intrincado; aquello que no exactamente lo crea, sino que lo acoge: la inteligencia.

Decía Kafka que aquel que espera sentado pacientemente, tarde o temprano tendría el mundo abierto a sus pies. ¿Cómo se articula esta espera en las sociedades motorizadas que han convertido al cuerpo en el afuera de una teoría sin inmanencia, en pos de experiencias sin límites cognitivos donde reterritorializar el cuerpo y su necesidad mortal “teórica”?

Sentemos a Hegel...o mejor, pongámsle en la mayor tesitura posible ¿Mortales por ignorancia? En la sabiduría judía esta figura filosófica aparece explicada con la mayor de las agudezas a través de la caída del Paraíso. Menos ingenuos, ahora sabemos que la expulsión no se produjo por un correctivo ante la osada pretensión de saber, lo cual equivaldría a la existencia de la verdad, aunque negada, sino precisamente por no poder saber. La justicia se ejerce cuando un límite se hace visible en su imposibilidad y con ello se emite un juicio ineludible (léase expulsión). El falseamiento sistemático del cuerpo como soporte teórico es lo que ejerce la injusticia en nuestras horas del espíritu absoluto, que al igual que mira al mundo por todos sus rincones, se olvida de ese apego irredento que reza: no fuera de mí; en sentido extenso.

Para comprender como el conocimiento termina siendo báculo y monóculo de tecnificaciones universitarias, nada mejor que recurrir a aquel maestro del sujeto que fuera Schopenhauer. En su obra principal, “El mundo como voluntad y representación”, traza maldita para cualquier progresista motorizado, expone lo siguiente:

“En efecto, el conocimiento de lo que son las cosas fuera de la representación del sujeto que conoce, a lo que pueda ser el mundo independientemente de ella, sería vana si el investigador no fuese otra cosa que un sujeto cognoscente, es decir, algo así como una cabeza alada sin cuerpo. Pero luego vemos que este sujeto tiene raíces en dicho mundo, se encuentra en él como individuo; su conocimiento, sostén indispensable del mundo entero, en cuanto éste es representación, está mediatizado por un cuerpo, cuyas afecciones, como queda demostrado, son para la inteligencia el punto de partida de la intuición de dicho mundo.” (Arthur Schopenhauer. “El mundo como voluntad y representación”, pag 90, frag XVIII, Ed. Porrúa).

Como se ve, el olvido del cuerpo es una constante simétrica. Para bifurcar lo objetado, tenemos que la base del conocimiento se vuelve "impersonal" cuando el cuerpo deja de tensificar la relación entre voluntad y representación, planteamiento sobre el cual Nietzsche retomó la voluntad de poder perspectivista, que en adelante modulará las creaciones simbólicas y su puesta en relación con el despertar de la carne y sus límites. Tal es la sustancia poética del tiempo en el eterno retorno, o de diferente forma en la intrahistoria Unamuniana.

En pocas palabras, representación vacía con tendencia a la repetición universitario-lorística. Ariadna no tiene hilo ni laberinto. Teseo es excitado a la movilización y alejado del laberinto pasional que es Ariadna (conspiradora contra la Esfinge de la ignorancia) y sus imposiciones. La falta de sentido político que las universidades administran se debe en buena medida a que reciben desde los estratos más delicados y primarios de la educación, a individuos para los que la mera relación entre aspiraciones sapienciales y límites cognitivos, forma parte de un nuevo objeto de entendimiento, más allá del *locus* extendido para su recibimiento, lugar confundido e implícito en las materias, en vez de formar parte de una disidencia con-genética. Cada año los exámenes de selectividad repiten la misma ironía de seleccionar lo ya seleccionado, arriesgando a todos a su suerte e instinto de supervivencia.

La comprensión frente al niño y el buen salvaje, nos hacen tomar las aguas monte arriba y comenzar a plantear la educación como la comadrona que ayuda al niño a entrar en el mundo. Debe comenzar a verse el parto pedagógico como una síntesis perfecta del extraer e introducir dentro del mismo contexto envolvente. Despertar la actitud, que si bien la criatura no está en el mundo por propia voluntad, es esa misma "indecisión" la que le voluntariza a conocer el mundo por él "elegido". Como en un juego invernal...se trata de un conocimiento deslizante.

No todo consiste en tratar de enseñar (contando con lo alejado del termino y su resolución) al niño este estado humano pero "inhumano" en sus posibilidades, también convendría recordar, que los tutores en cualquiera de sus formas, muchas más de las que se suponen, forman parte del proceso de "complicidad" suscitado en el niño. ¡Puesto por nosotros¡.

Una noche estando yo en la terraza fumando un cigarrillo, mi sobrina me preguntó el porque tenia ella la edad que yo le recordaba. La primera representación que espontáneamente traje, (los niños le apuran a uno a imaginar de forma imprevista) fue el ciclo que la tierra ejerce con respecto al sol en cada año vencido. La explicación pareció fascinarla.

Al menos suscitó un interés inusual si tenemos en cuenta lo pragmático en que se convierten las relaciones padre hijo. Tal vez le pareció extraño que ella, una personita de seis años, tuviera algo que ver con el sol y los giros de la tierra. Poco después y pensando en la explicación que a mí mismo también me sorprendió, comprendí que el camino que va desde la razón más inmediata y necesaria, hasta la relación más extrapolada podría a buen seguro tratarse de educación intelectual y afectiva. Sujetar para alejar y arriesgar.

Traer a sí lo que debemos dejar escapar sin vanidad ni posesión. ¿No se parece esto a la actitud que nosotros, los solitarios sociales y por ende políticos, tomamos con respecto a nuestro destino e implicaciones?

La urdimbre entre el conocimiento y el pasado biográfico, así como los paralelismos - por extensión- con la historia Universal, se materializan por la diferenciación de lo inmediato – presente, con respecto al modo en que tanto el conocimiento y el pasado se insertan de modo inmanente en el mundo, carente en-sí este, de las dimensiones teoréticas del tiempo en sus tres formas. Pasado tan solo sería un apelativo de este estado. El mejor ejemplo de ello, está en la obra de Marcel Proust "En busca del tiempo perdido". Se aprehende y por demás se comprende el mundo por medio de la memoria que entabla las diferencias sobre

un presente siempre en constante peligro de uniformidad. Todo ejercicio de buceo y penetración, contiene en realidad una ceremonia tan ancestral, que al ponerla en marcha conscientemente, repetimos los ciclos que se sustentan sobre la imagen de un pasado vacío, que sin haber sido vivido biográficamente adopta dentro de la Idea una regeneración constante en nuestra lucha por el presente y sus resistencias impermeables. La cinética del Eterno Retorno, es una inserción absoluta y por ello involuntaria. Encontrada... "im-puesta"

Allí, las cosas evocadas a través del recuerdo pierden al sujeto que lo ensalza para representar en su totalidad de vivencia la unidad o en-sí que el presente nos niega en su estructura de fuga fragmentada. La distancia entre el mundo y el viviente se recorta cuando el tiempo sufre un pliegue hasta que llega a hacerse indiscernible cual es la relación entre ambos. Finalmente solo queda el mundo. Este siempre vuelve.

Los paisajes y las cosas circundantes cobran una potencialidad de tiempo colmado. Si algo aún no puede ser llamado recuerdos o conocimiento, se debe a que la imagen que lo representa permanece latente y por ende con-fundida con la individualidad recluida, propia de todo presente potencial. El conocimiento pues, debe tener algo del pasado biográfico o mejor...de Antigüedad en cuanto narrativa, como diría el primer poeta del tiempo, Heráclito de Éfeso. Por ello, la enseñanza de filosofía convendría plantearla como un comienzo a través del cual el mundo es aprehendido, no poseído. La única finalidad realmente constante que la filosofía se ha propuesto en toda época, podría señalarse como el traer a sí el mundo por nosotros evocado y fragmentado al recibirlo. Como si de un primigenio cuarto oscuro se tratara, debemos atraer lo que en la oscuridad tramamos. Ambos momentos han de ser conjuntos y sincronizados. Debe constar en la historia del filosofar, y a pie de página, aquellas tendencias desagradecidas que al encontrar una vía resolutive parecen negar la "bajeza" que les ayudó a penetrar en el claro, claro que en adelante les invita a continuar tras una paralización siempre patética e incierta. La crisis del Humanismo de letras, no hay otro, tiene en el vaciamiento del símbolo-palabra-mundo su exponente más demoledor frente a las tendencias presentes cargadas de efectividades signos, carentes de devenir Histórico Universal y que en consecuencia acusan carencias sintetizadoras con respecto a los límites que conforman lo que podríamos llamar "Mundo". La mitificación ante las nuevas atmósferas del presente tecnológico, nos hipotecan en una suerte de autosacrificio demasiado caro, en la preparación de los futuros asimiladores, que en cualquier caso no seremos nosotros ni serán ellos. Es la tecnología prima, la gran posibilidad escapatoria donde todo es posible para nadie.

Las filosofías movilizadoras del "abrirse paso" cuentan con la responsabilidad de vaciar al infante empujado a las aulas de la justificación adulta. La ironía llega más lejos cuando el niño se convierte en problema apolítico, como si este viviera en una burbuja que tan solo se desinfla al comprobar las estadísticas epitáficas grabadas bajo un "fracaso escolar". Cualquier análisis mínimamente atinado sobre educación e iniciación debería comenzar por tener la suficiente humildad como para señalar que al lado de la sacralizada infancia se sitúa la masa como la tendencia más peligrosa para la futura política en la que ellos y ellas se situarán necesariamente.

Por supuesto, lo más sensato y urgente que debe plantear cierto "humanismo impenitente", aún vigente y poco de moda, es como el proyecto más ambicioso en la historia política del animal que "equilibra", ha llegado a estas cotas de fracaso generalizado amenazando con inaugurar una nueva Era, sólo... "genético política". El síntoma más gráfico lo tenemos en el crónico y brutal planteamiento, que desde los fines de comunicación se le rinde al "niño", como aquel elemento siempre en constante peligro de muerte. Ni un leve vestigio de proyecto educacional desde el que ayudar a "venir al mundo", eludiendo finales diseñados de felicidad y contento. Las escasas posibilidades que en su horizonte se oscurecen, van camino de convertirle en símbolo del fracaso Humanista antes mencionado. No olvidar por otro lado, como también y compartiendo pulso, existen gestos de una "adulterez", menos por desengaño sin dialéctica por su parte, que del derecho y deber político de prolongar la infancia hasta las cotas más decisivas de responsabilidad deliberativa y

creadora. El tramo que va desde la infancia reconocida hasta la mayoría de edad tipificada, es una distancia que en la actualidad, desemboca en una lucha soterrada entre la clásica política Humanista y el capitalismo más experimental, poco conforme este, con la imagen que el Humanismo ha dibujado en torno al animal más codiciado de este lado del Cosmos. Otro peligro sobre el nuevo planteamiento de liberación anti-humanista.

Para no caer en posiciones demasiado estéticas y elitistas, tales como la preservación de minorías selectas tan apetitosas a ciertos filósofos desencantados con las "lejanas mayorías"; ésta, una nueva forma de ademocratismo prófugo, convendría hablar de cómo se puede empezar el viejo y novedoso juego de articular desde la infancia una política que no acuse con el paso del tiempo las fisuras rupturistas que convierten a la política en el trauma adulto "per excellence". Desde luego, me refiero a esa forma cotidiana de política, que es la existencia del semejante o del extraño. Ante todo, esterilizar el instrumental que opera al mismo tiempo con lo más nuevo y lo más perdido y extraviado.

Si ya Nietzsche nos habló de los últimos hombres...aquellos que admitían sin desfallecer su- nuestra muerte de Dios, y cualquier forma de autocomplacencia humanista ¿son acaso los hombres de lo intermedio, educadores y comadrones, que a diario dedican su esfuerzo y preocupación, en a buen seguro llevar a cabo la única forma de política aún seria y primera de todas?

¿Qué podría decirse al lado de la escuela que no sea masa, espectáculo o información efectiva y veraz, principio y traición del gran rodeo que el conocimiento intenta cuando se sabe "inútil" y "caprichoso"?

Quisiera señalar al hilo de este último comentario, que el paso entre el conocimiento y la información, secunda todavía estas preguntas. La evolución llevada a cabo entre el texto Humanista y las actuales formas de comunicación, relación desajustada a todas luces por una realidad vendida y transmitida de la forma más implacable y barata, también desde luego por su síntoma, ponen de manifiesto la recuperación de aquello que se tramaba bajo las Ilustraciones y sus luces de neón.

Si las tímidas voces del Humanismo se dejan oír cuando el ruido es lo suficientemente arrogante como para dejar que alguien tome la palabra, replantean entonces la vieja cuestión entre la necesidad de una relación "hombre-mundo" a través del lenguaje. Convendría prestar atención sobre las posibilidades y relaciones que evocan. En ellas seguramente, y a la vez que penetran en nuestro "estar", van implícitas críticas sordas y tangenciales a lo que el anti-humanismo no aceptó como una derrota, arrastrando el cadáver lejos de los carroñeros, y preservando una reliquia difícilmente reconocible.